

*A continuación, ofrecemos como material extra (optativo), un texto de SAN ALBERTO HURTADO, sobre la Oración y la Vida de fe extraído de su libro **La búsqueda de Dios** [Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005, p. 207-212.]*

EL MISTERIO DEL HOMBRE MODERNO

El hombre de nuestros días es un ser bien singular. Es una paradoja viviente. Jamás, en otros períodos de la historia, el hombre había mostrado tanta sed de gozo. Parece ahora que quisiera convertir la vida en una fiesta permanente: multiplica y prolonga sus descansos, hace y repite viajes de placer, acude al teatro y a los sitios de diversión que ahora están al alcance de todas las fortunas.

Por otra parte, jamás el hombre había tenido a su disposición una suma igual de medios para gozar: el cine, que le permite conocer el mundo sin moverse de un salón, subir a las nubes y descender a lo profundo de los mares, el cine que es teatro y música, y paisajes y colorido unidos en arte sin igual; la radio, que le lleva las mejores armonías a su dormitorio, a su sala de trabajo y aun al auto en que viaja; el teléfono, la radio, el auto, que rompen y acaban con las distancias... Medicinas, antes desconocidas, curan rápidamente las enfermedades que antes eran mortales... Y ¿para qué proseguimos? La vida del hombre moderno ha obtenido lo que sus antepasados no se atrevieron jamás a soñar, lo que si hubiesen creído posible habrían pensado que eso transformaba la vida en un paraíso.

Y, sin embargo, jamás el hombre ha sufrido tanto como en nuestros días. No hablemos de las inmensas catástrofes como las últimas guerras, en especial la última con sus 50.000.000 de víctimas y otros 50.000.000 de desplazados, obligados por las circunstancias a cambiar de patria, de cielo, de amor; ni hablemos del espanto pavoroso que se cierne sobre ellos, sobre los de Europa y que a estas horas es realidad horrible en China, en Palestina, en Grecia... Esos dolores extraordinarios, que desgraciadamente son ordinarios ahora para un inmenso sector del mundo, no son los que considero. Miro más bien al alma misma del hombre moderno, alma triste, esencialmente triste, que busca atontarse para olvidar. ¡Cuántas veces el rostro ríe cuando el alma llora, porque en el carnaval del mundo aprendemos a reír con llantos, y también a llorar a carcajadas!.

El hombre moderno se siente humillado en su anonimato que cunde cada vez más, que lo hace mera célula en un mundo donde las individualidades desaparecen; se siente manejado por fuerzas extrañas que lo esclavizan: gobiernos fuertes o tiranías de partido, de grupos que lo hacen perder su individualidad; se siente humillado por la comparación de su pequeñez interior, de su capacidad real, y de lo que la fantasía le ha permitido soñar; humillado, porque ni siquiera tiene algo que decir: repite lo que dice “su prensa”, “su radio”, “su grupo”. Y, sobre todo, se siente profundamente solo. La tremenda soledad del hombre moderno, tanto más solo cuanto más vive en medio de grandes aglomeraciones. Antes vivía en una ciudad pequeña o en el campo, en una población a su talla, a su necesidad, en que su personalidad encontraba un campo de influencias benévolas que se ejercían sobre él, y que él podía ejercer sobre los demás y lo elevaban. Todo se hacía al ritmo de la vida humana; cada placer y cada dolor podía ser saboreado y dejaba el alma en paz para el siguiente sentimiento. En cambio, ahora, en medio de poblaciones inmensas, él es un granito microscópico. ¿Quién lo conoce? ¿Con quién puede conversar íntimamente? Sus problemas a nadie le interesan. En sus momentos de soledad, ¿quién tiene tiempo para ocuparse de sus dolores o de sus alegrías? Cuando él muera, la gran vida seguirá igual, nada habrá cambiado. Su capacidad para cambiar el mundo, ¡qué pequeña es!

En la adolescencia, presiente vagamente el mundo que le aguarda y sufre horriblemente, y nuestras adolescencias conscientes –porque muchas son totalmente inconscientes– son atormentadas; en la edad madura está prematuramente cansado: ha vivido demasiado a prisa, no ha podido saborear la vida, y ve que se le escapa, y en la vejez su soledad es aun mayor... Soledad que ha llegado a hacerse filosofía y, no hace mucho, se representaba en nuestro primer teatro una pieza, cuyo argumento denigrante era que vivir con los otros es el infierno, que dos seres humanos no pueden estar sino en permanente conflicto... Y eso llega a expresar una corriente ideológica; otros no lo expresan pero lo sienten al menos vagamente.

Soledad frente a Dios

A pesar de tener ojos, no ve los signos tan claros en el cielo, porque está deslumbrado por otros signos mucho menores pero más inmediatos. Las estrellas, para verse, requieren ausencia de otras luces, y eso que son tan grandes. Su visión espontánea de la vida ha sido deformada por un racionalismo enfermizo del siglo

pasado, que parece no lo deja aceptar otras verdades que las que él logra captar con su fría y chiquita razón.

No oye las voces de Dios que da toda la creación: el cantar de los pájaros, la brisa de la tarde, el rumor de las olas, la risa de un niño... no las oye porque hace demasiado ruido y no tiene tiempo para escuchar ni para contemplar. Vengo de un pequeño pueblo de provincia y en las tardes huía al cerro y aun allí me llegaba el ruido de la radio que anunciaba los pasos del Foot-Ball, obligando a toda la población a renunciar a pensar.

¿Cómo puede hallar a Dios, que se encuentra en el recogimiento, en la quietud, cuando toda la vida moderna es fiebre de acción: acción lucrativa o acción de diversión... pero todo es moverse, moverse, hasta llegar rendido a dormir para olvidar y no tener un rato para estar a solas consigo mismo? ¿Acaso no se tiene un miedo horrible a la soledad? ¿De qué conversaría conmigo mismo? ¿No me creará esta conversación problemas que es mejor eludir?

El mundo moderno ha visto propagarse una enfermedad muy típica de nuestra época: la neurastenia, y todo el innumerable complejo de fobias, de neurosis, de complejos que denotan un alma enferma. Un gran psicólogo llega a afirmar que en una nación estimada universalmente como una nación feliz, de cada 13 habitantes uno merece el manicomio.

Y lo que es más triste es que nuestro siglo ha visto elaborarse una filosofía del pesimismo que sostiene que la existencia es absurda, que el estado normal del hombre consciente es la angustia, la desesperación, que pretende que uno debe avanzar en la vida sin tener ningún apoyo en que sostenerse: totalmente a ciegas. Es una filosofía desconcertante, una invitación tácita al suicidio y a los goces de los sentidos, los únicos asequibles, y que muy pronto se agotan, después de los cuales no queda más que la muerte...

Jesús médico

El dolor del alma humana, Jesús lo ha conocido como nadie. "El que sabe lo que hay en el hombre", como dice el Evangelio, ha venido a sanar el inmenso dolor de los hombres de todos los tiempos (cf. Jn 2,25). Frente a la inmensa humillación del hombre, Jesús ha venido a decirle [al hombre] lo que vale, haciéndose Él, el Hijo de Dios, uno de nosotros, perfecto hombre:

Lo que vale: al hombre lo llama su confidente, su amigo, le confía su obra, se fía de sus manos... Más aún, lo llama su hijo, auténtico hijo.

Lo que puede: lo considera capaz de ser sano, de ser santo... le pone como ideal su Padre... se fía de él, a pesar de saber como nadie lo que hay en el hombre (cf. Mt 5,48; 6,36; Jn 2,25).

El poder de su vida, destinada a amar a los demás: les confía el mandamiento de su amor, y se los encarga como la niña de sus ojos. El hombre llamado a amar, servir, alegrar, ayudar. Lo que dice Santiago, lo que dice San Pablo. El hombre, no es el infierno, no es conflicto un hermano a quien amar, ayudar y servir, sobre todo si es pobre. La escena del juicio (cf. Mt 25,31-46).

La compañía de su Padre de los cielos. No estamos nunca solos. "Vendremos a él y haremos en él nuestra morada" (Jn 14,23)... Es nuestro compañero de viaje... de camino, de pesca, de trabajo. Se une a nosotros: donde dos o tres están reunidos, allí estoy yo en medio (cf. Mt 18,20). Más aún, en el interior de mi propia alma...

Estas gracias las operaba Jesús en su vida mediante los gestos sensibles de sus manos, mediante palabras de sus labios: "Perdonados te son tus pecados", dijo a María Magdalena, a la adúltera, al paralítico, y esos pecados quedaron limpios. "Recibid el Espíritu Santo", y su alma se inundó del Espíritu del Consolador (cf. Jn 20,22)... Sus manos acariciaron a los niños, ungieron a los enfermos... Y la vida de los que lo vieron y le siguieron se iluminó con su presencia. Por eso lo dejaron todo por seguirlo. ¿A quién iremos?, Señor, Tú solo tienes palabras de vida eterna (Jn 6,68)... Después de haber escuchado en el monte esas palabras maravillosas, los que las escucharon sintieron que sus vidas se renovaban, que tenían una razón de ser... que valían ante los ojos de su Padre, que valía la pena vivir y sufrir...

Y luego Jesús subió a los cielos; ¿quién sanará las almas de los enfermos, quién dará a los hombres el sentido para vivir, quién unirá a los hombres con Dios? Felices los que vivieron en el siglo I, pero ¿nosotros? Los que no lo vemos ni lo oímos... Y aquí viene el maravilloso acto de fe que el cristiano hace en la Iglesia. San Agustín decía: Los apóstoles vieron la Cabeza y creyeron en el Cuerpo, es decir, en nosotros.

Nosotros somos ese Cuerpo inmenso, extendido por toda la tierra. Creamos que es Cuerpo de Cristo, tengamos fe en la Cabeza, en que su acción es la acción de Cristo. A pesar de que veamos con nuestros ojos a hombres iguales a nosotros que realizan gestos, en apariencia, humanos, creamos que vienen de una Cabeza invisible, y a pesar de lo rutinarios... que vienen de Cristo. Cristo obra su elevación por la Iglesia. Controversia con el protestante.

Con este criterio, mis hermanos, acudamos estas noches a considerar la acción invisible de Cristo en las almas, acción que eleva y dignifica al hombre. Siete sacramentos nos dejó, siete medicinas a siete tremendos dolores del hombre de

todos los tiempos, siete escalas de ascensión al cielo, siete medios de sentirnos cada día más unidos a Dios y nuestros hermanos los hombres, de sentirnos más dignos, de mayor valor.

Al ver al hombre moderno aprisionado: su alma tan grande y sus esperanzas tan cortas, al verlo sacrificarse tanto por cosas que valen tan poco, al ver las ilusiones que forjan en su alma los materialistas: ¡Deslígate, libérate!... Y, ¿quién los libertará? Ese Cristo, por su Iglesia... Y las almas lo presienten, y presienten toda la grandeza de los sacramentos: El Bautismo, no es un rito, es la incorporación... La Penitencia... y la hacen y se excluyen. El Matrimonio, cómo presienten su carácter de perennidad, de santidad. El Orden [sacerdotal], cómo le piden... que se dedique... saben que es más que... porque [hay] un poder mayor.

Males inmensos como nunca... Es la hora de las grandes esperanzas, pero es también la hora de los grandes deberes: la palabra que alienta a los generosos y espanta a los ruines.

Resurrección en España: 12.000 estudiantes. Francia: esos bautizados, esas nuevas comunidades. EE.UU... Ford... esos soldados que vuelven con tanta sencillez a la Iglesia. Chile: Norte y Sur: hambre de la Iglesia. Pampas nortinas, en el cobre, en las ciudades del Sur, en las camas de los hospitales, con su imagen... Permiso para ir a la Iglesia... al Mes de María... Se espera de la Iglesia...

El remedio está, el enfermo ha comprendido su mal, sólo falta quienes quieran aplicarlo. Ministros para la Iglesia.

¿Pesimista? Nunca. Amanece.

†

¡Ave María y adelante!